

FNAC Alicante despide a 19 trabajadores tras años de recortes y precarización

NÚCLEO MOVIMIENTO OBRERO. UNIÓN COMARCAL L'ALACANTÍ-LES MARINES

FNAC Alicante echó el cierre el pasado 24 de enero después de casi 25 años en la ciudad. La plantilla, compuesta por 21 trabajadores, ha hecho frente en los últimos cinco años a una paulatina precarización laboral que se ha sustanciado en progresivos recortes de personal, aumento de carga laboral sin mejora salarial, acumulación de funciones y pérdida de perfiles profesionales.

El acuerdo alcanzado por los representantes de los trabajadores y la compañía contempla una mejora del 35% adicional en las indemnizaciones, un logro que, desde el Núcleo Movimiento Obrero de la Unión Comarcal L'Alacantí-Les Marines, consideramos que representa una victoria parcial arrancada a una multinacional que pretendía abaratar el coste de su gestión fallida por parte de una dirección que ha demostrado incapacidad estratégica y una notoria desconexión social.

Así, de los 21 trabajadores que integraban la plantilla, solo dos han aceptado las reubicaciones que la compañía, en un intento por disfrazar de responsabilidad social lo que en esencia eran traslados forzosos, venía ofertando con la única intención de lavar su imagen corporativa; el resto, 19 trabajadores, ha optado por la indemnización de 27 días por año trabajado. Los más veteranos llevaban 25 años en la empresa.

Desprofesionalización, recortes y explotación

Denunciamos la constante exigencia por parte de la empresa a los trabajadores de más productividad, más flexibilidad y más sacrificio, mientras se vaciaba de valor el trabajo y se precarizaban de forma sistemática las condiciones laborales. Unos trabajadores cuyo compromiso se ha mantenido firme hasta el último momento, pese a unas condiciones cada vez más adversas.

La compañía justifica el cierre por "motivos organizativos y productivos vinculados a la evolución del sector comercial y a la falta de viabilidad económica del establecimiento". Consideramos, sin embargo, que este cierre no es un accidente ni una fatalidad, sino una consecuencia directa del modelo capitalista, que prioriza la rentabilidad privada frente al empleo, la dignidad laboral y la función social de la cultura.

La empresa no ha sido capaz –ni le ha interesado– adaptarse a los cambios en los hábitos de consumo tras la pandemia. Mientras el mercado evolucionaba hacia tiendas más pequeñas, espacios menos saturados de producto y una experiencia de cliente más cuidada, la dirección optó por la inercia, la falta de inversión y la degradación progresiva del proyecto comercial.

Este cierre evidencia, además, que cuando la cultura deja de ser rentable, el capitalismo la descarta, como si de una mercancía secundaria se tratara, subordinada a la lógica del

beneficio. Urge, por tanto, defender una cultura que no dependa del mercado, sino que sea un derecho garantizado desde lo público, lo colectivo y lo social.